

manifestado vuestra ira. Dadme, Señor, gracia para que estos mis deseos no sean vanos, sino que se confirmen con mis santas obras.

---

## DIA DIEZ Y SIETE.

### SAN PACOMIO, ABAD Y CONFESOR.

San Pacomio, tan célebre en todo el mundo cristiano, y á quien se puede considerar como el verdadero fundador de la vida religiosa y cenobítica, esto es, de los que bajo de una misma regla, y sujetos á un superior, viven en comunidad dentro de un monasterio, nació al mundo en la superior Tebáida hácia el año de 278. Siendo niño, le llevaron sus padres, que eran gentiles, á un templo de los ídolos. Enmudeció el demonio, declarando que no hablaría mas palabra mientras estuviese presente aquel niño. Persuadiéronse todos en vista de este suceso, que Pacomio había de ser con el tiempo enemigo de los dioses; y se confirmaron en este concepto, viéndole vomitar el vino que se había ofrecido á los ídolos. Sin embargo, sus padres cuidaron mucho de su educación, buscando maestros que le instruyesen en la ciencia de los antiguos, y procurando que aprendiese con perfección la lengua egipcia.

Apenas salió Pacomio de estos estudios, cuando fué reclutado por fuerza, juntamente con otros mancebos, en una leva que se hizo para el ejército de Constantino contra el tirano Aquileo. Embarcáronlos á todos en el Nilo, y aquella misma noche desembarcaron en una ciudad que era casi toda cristiana. Fueron recibidos por sus habitantes con tando agrado,

con tanta caridad, y con tan extraordinario agasajo, que asombrado Pacomio, preguntó al patron, qué motivo tenían para tratar de aquella manera á unos extranjeros y hombres desconocidos. Respondióle el patron, que así lo mandaba la religion cristiana, que se profesaba generalmente en aquella ciudad. Rogóle Pacomio que le explicase qué religion era esta, cuáles sus dogmas, y qué doctrina enseñaba. Instruido de todo, entró desde luego en tan vivos deseos de hacerse cristiano, que resolvió pedir el bautismo luego que, concluido el tiempo de servicio, obtuyese su licencia.

Consiguióla inmediatamente que se acabó la guerra de Egypto, y puso en ejecucion su propósito, presentándose en la iglesia del Burgo de Chenobosco, donde se hizo catecúmeno. Era de excelente capacidad y de costumbres puras, con que tardó poco en ser instruido, y consiguientemente bautizado. Luego que se vió cristiano, resolvió hacerse santo, practicando lo mas perfecto que se lee en el Evangelio. Dudando, no sin alguna congoja, en la eleccion de los medios mas convenientes para conseguir este fin, llegó á su noticia que en lo mas interior del desierto habitaba un santo viejo y gran siervo de Dios, llamado Palemon. Buscóle, y le rogó que le admitiese por discípulo suyo. El santo viejo, sin abrir la puerta de la celda, le respondió desde dentro que alababa su buena resolucion, pero que buscase á otro para que fuese su maestro en la vida solitaria; porque otros muchos, disgustados como él del mundo, se le habian presentado con la misma pretension, y ninguno habia perseverado. Insistia Pacomio, y Palemon le respondió: «Hijo mio, tú no te podrás acomodar con mi género de vida: yo no como mas que pan y sal, y no gasto aceite; no bebo vino; estoy en vela la mitad de la noche, empleándola en rezar salmos y en me-

ditar la sagrada Escritura, y algunas veces la paso toda entera sin dormir, entregado á la oracion.» Atemorizóse Pacomio al oír este discurso, pero no se desalentó; antes lleno de confianza en Dios, replicó á Palemon: «Padre, yo espero que aquel Señor que me ha enviado á ti, me dará fuerzas para seguirte.» Enamorado el buen viejo de su fe y de su aliento, le abrió la puerta de la celda, y le dió el hábito de solitario.

En poco tiempo llegó el discípulo á la perfeccion del maestro, y aun la aventajó. En nada encontraba dificultad su fervor; ayunos, vigiliias, penitencias, trabajo de manos, todo le parecia fácil. Cuando rezaban el oficio divino por la noche, y observaba el viejo que á Pacomio le molestaba el sueño, le sacaba fuera de la celda, le hacia llevar arena de una parte á otra para despertarle, encargándole mucho que juntase siempre la oracion con el trabajo, y el recogimiento con la oracion.

En un dia de Pascua previno Palemon á Pacomio que dispusiese de comer por la solemnidad de la fiesta, y creyó Pacomio que debia añadir un poco de aceite á la comida ordinaria, en atencion á tanta solemnidad. Gustóla Palemon, y exclamó: *Mi Salvador fué crucificado, ¡y yo he de gastar condimento en la comida!* No la volvió á probar, y Pacomio no quiso ser menos mortificado que Palemon.

Fué á visitarlos un solitario del desierto inmediato, y les preguntó, si tendrían tanta fe que se atreviesen, como se atrevia él, á caminar con los piés desnudos sobre brasas encendidas. Descubrió san Palemon en aquel solitario un gran fondo de orgullo, y le respondió: *Hermano, si tenemos mucha fe, tendremos mucha humildad.* El trágico fin de aquel solitario orgulloso hizo mas humilde á nuestro santo. Habiéndole dado Dios á entender en una revelacion

que fuera de la Iglesia católica no podía hallarse la verdad, miró por toda su vida con grande horror á los herejes y á los cismáticos, singularmente á los marcionitas y á los melecianos.

Habiendo pasado muchos años en compañía de san Palemon, un dia que se alejó mucho de la celda, se halló en un sitio muy solitario, llamado Tabena, donde se puso en oracion, y oyó una voz que le dijo: *Pacomio, fija aqui tu habitacion, y funda un monasterio capaz para dirigir en él, segun la regla que te daré, á todos los que vinieren á ti, para que los guies por el camino de la salvacion.* Al punto se le apareció un ángel, y le entregó una tabla en que estaba escrita la regla que despues se observó con gran fruto. Refirió Pacomio á Palemon lo que le habia sucedido, y los dos se retiraron al desierto de Tabena, donde á los principios solo edificaron una pequeña celda, que fué como la cuna del célebre monasterio de Tabena á las orillas del Nilo.

Poco tiempo despues sucedió la muerte de Palemon, en quien perdió Pacomio un gran auxilio; pero le consoló Dios enviándole á Juan su hermano mayor, que fué á buscarle, y abrazó el mismo género de vida. Estuvieron solos algunos años, trabajando en hilar y en hacer sacos, que vendian para sustentarse y para dar limosna á los pobres, á quienes repartian todo lo que les sobraba del trabajo de sus manos. Vestian una túnica muy grosera, que solo se mudaban cuando habia necesidad de lavarla.

Nunca se desnudó nuestro santo de un áspero cilicio, que le llegaba hasta las rodillas. En quince años no se acostó; dormía sentado en una piedra, sin arrimarse á la pared. Regularmente hacia oracion con los brazos en cruz, y algunas veces pasaba las noches enteras en esta postura.

Tuvo mucho que sufrir del genio desabrido y en-

fadoso de su hermano Juan, que murió poco tiempo despues; pero mucho mas ejercitaron su paciencia las violentas tentaciones de que fué combatido, y las fortísimas ilusiones con que el demonio procuró sorprender su fe y cansar su sufrimiento. Causan admiracion los artificios de que se valió el enemigo comun para engañarle; pero de todos libró al santo su humildad y su frecuente recurso á la oracion. En la mas terrible fuerza de estos combates le deparó Dios á un santo solitario llamado Apolo, que le fortificó y le alentó mucho, exhortándole á que pusiese toda su confianza en Dios y en la proteccion de la santísima Virgen. Con efecto, mediante la asistencia de la divina gracia triunfó de todo el infierno; resplandeció mas su virtud, y la manifestó Dios con el don de los milagros. Caminaba sobre las serpientes sin recibir lesion alguna, y muchas veces le vieron pasar el Nilo conducido de los cocodrilos.

Aunque la primera vision habia hecho grande impresion en el ánimo y en el corazon de Pacomio, no obstante fué necesaria segunda advertencia del cielo para resolverse á juntar discipulos, y á instruirlos segun la regla que le habia traído el ángel. Era esta muy breve, proporcionada á la flaqueza humana, llena de prudencia, y muy propia para conducir el alma á la mas elevada perfeccion.

Ordenaba que á cada uno se le permitiese comer segun su necesidad, y ayunar segun sus fuerzas; pero que al mismo tiempo cada cual fuese obligado á trabajar á proporcion de lo que comia, queriendo que la desidia y la pereza estuviesen desterradas para siempre del monasterio. Prescribia que hubiese tres monjes en cada celda; que no hubiese mas que una cocina y un refectorio; y para que no se viesen unos á otros durante la comida, todos calasen la capilla ó el capucho; que el silencio fuese perpetuo, y la mo-

destia de los ojos singular; que todos vistiesen una túnica de lino ceñida con una correa, y un manto blanco de pelo de cabra, con cuyo traje habian de comer y habian de dormir; pero que para comulgar fuesen no mas que en túnica y capilla. Disponia que los novicios no fuesen admitidos al trato con los monjes antiguos hasta pasados tres años de probacion, en cuyo tiempo no se les debia permitir otro estudio que el de la oracion, humildad y mortificacion; que el silencio perpetuo, y la ciega obediencia á la menor insinuacion del superior, habia de ser distintivo de todos. Mandaba que la comunidad se distribuyese en veinte y cuatro clases ó familias diferentes, correspondientes al número de las letras del alfabeto griego, con una letra en cada clase, que tuviese cierta alusion secreta á las costumbres y genio de los que la componian. La clase de los mas dóciles, por ejemplo, estaba señalada con la letra *jota* ó *J*; la de los menos dóciles ó mas dificiles de gobernar con la letra *xi*, cuya extraña figura  $\xi$ , compuesta de rasgos irregulares, expresa perfectamente el genio de los imperfectos y la irregularidad de su proceder. Ordenaba, en fin, que se hiciese oracion doce veces por la mañana, doce por la tarde, y doce por la noche. Y como á Pacomio le pareciese que la regla era demasidamente suave, el ángel le respondió que, habiéndose formado la regla mas bien para los flacos que para los perfectos, era razon atender mas á la flaqueza de los unos, que al fervor de los otros; no exigiendo de aquellos sino lo que estaban obligados á hacer, y dejando libertad á estos para que añadiesen lo que les inspirase su devocion.

Los primeros que acudieron á ponerse bajo la disciplina de Pacomio, fueron Psentheso, Suris y Obris, seguidos despues de tantos otros, que fué preciso

edificar nuevas celdas, y en pocos dias subieron á algunos millares los discipulos de nuestro santo. En todos encendia el fervor con sus desvelos, con sus oraciones y con sus ejemplos: era el primero en todos los actos de comunidad; servia á la mesa, trabajaba en el huerto, barria la casa, asistia dia y noche á los enfermos, sin otra prerogativa ni distincion que la de vivir con mayor austeridad que todos los demás, y ser mas humilde que todos.

Hasta que sus monjes fuesen elevados á la dignidad del sacerdocio, hacia venir de los lugares vecinos algunos sacerdotes que dijese misa en el monasterio; y teniendo noticia de que en aquella comarca habia muchos pobres pastores, privados de la palabra de Dios y de los sacramentos, trató de este punto con san Aprion, obispo de Centira, á cuya diócesis pertenecian, y les edificó una iglesia, adonde iba el mismo santo á hacer oficio de lector, y á explicarles el Evangelio. Inspirábales devocion la sola presencia del santo abad; y su grato semblante, aunque extenuado, su modestia, su apacibilidad y su virtud convirtieron á la fe á muchos paganos, reduciendo tambien á la Iglesia un gran número de herejes.

Por este tiempo, visitando san Atanasio, patriarca de Alejandria, las provincias de su jurisdiccion, fué á ver el célebre monasterio de Tabena. Salióle á recibir san Pacomio con todos sus religiosos, distribuidos en sus veinte y cuatro clases, que formaban otros tantos coros; recibéronle cantando himnos y salmos; pero nuestro santo, que aborrecia toda distincion, supo ocultarse entre los demás tan diestramente, que san Atanasio no pudo distinguirle.

Noticiosa la hermana de san Pacomio de su maravillosa vida, fué al monasterio con grandes ansias de verle; pero el siervo de Dios la negó este consuelo, enviándola á decir por el portero que debia conten-

tarse con saber que estaba vivo y sano, y que así la rogaba se volviese en paz á su casa; pero que si, movida de Dios, queria pasar en el desierto los dias de su vida, él la haria edificar un monasterio, adonde pudiese retirarse ella y todas las demás que quisiesen imitar su ejemplo. La virtuosa doncella, enternecida y edificada del desprendimiento de su hermano, aceptó la proposicion que la hacia, considerándola como una órden bajada del cielo, y resolvió pasar en la soledad lo que le restaba de vida. Hizo Pacomio que sus monjes la edificasen un monasterio distante del suyo, con el Nilo entre los dos, donde en poco tiempo fué madre de un crecido número de religiosas, á las cuales señaló el santo abad un director, dándolas una regla, y prescribiéndolas cierta forma de vida, casi en todo semejante á la que observaban los monjes. Cuando moria alguna religiosa, las demás disponian todo lo necesario para la sepultura, y conducian el cadáver hasta la orilla del Nilo, que separaba los dos monasterios, cantando salmos segun la costumbre de la Iglesia; pasaban despues los monjes el rio con ramos de palmas y de oliva, y cantando igualmente salmos, la llevaban á la orilla opuesta, y la enterraban en el cementerio con muchas ceremonias y solemnidad.

Favoreció Dios á san Pacomio con el don de profecía, de lenguas y de milagros, haciéndole tan célebre en todo el Oriente, y atrayéndole tantos discipulos la fama de su santidad, que fué preciso edificar otros muchos monasterios, á los cuales señalaba el santo superiores particulares, teniendo cuidado de visitarlos todos los años. Fué tan prodigioso el número de los monjes, que se contaban mas de veinte mil, poblándose de santos todo aquel vasto desierto.

Atendia el santo abad con singularísimo desvelo á desterrar de sus monasterios todo espíritu de novedad;

y así fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron los herejes para introducir en ellos sus errores, porque Pacomio eludió sus artificios. Por el especial horror con que miraba las obras de Origenes, prohibió á los monjes su lectura bajo graves penas; y hallando en cierta ocasion un libro suyo, lo arrojó al Nilo con indignacion, diciendo que lo hubiera arrojado al fuego, á no estar en él escrito el nombre santo de Dios.

Un jóven caballero de edad de solos catorce años, llamado Teodoro, hijo único y heredero de un rico patrimonio, oyendo referir las maravillas que obraba san Pacomio, se sintió tan movido, que, renunciando á todas las vanas esperanzas con que el mundo le lisonjeaba, y robándose á la ternura de su madre, se escapó al monasterio de Tabena, y pidió al santo abad que le admitiese en el número de sus hijos. Recibióle Pacomio, previendo que algun dia habia de ser ornamento y padre de aquellos monjes. Corrió la madre para sacarle, pero el novicio no la quiso ver; y las respuestas que la envió por el portero del convento, hicieron tanta impresion en aquella buena mujer, que, renunciando al mundo, y distribuyendo al punto sus bienes entre los pobres, se fué á poner bajo la regla y direccion de la hermana de san Pacomio. Templó Dios la alegría que causaban al santo estas prosperidades espirituales, con una vision que tuvo sobre la suerte de su instituto. Diósele á entender que con el tiempo se habia de relajar el fervor de sus hijos, y que esta funesta desgracia sucederia por la relajacion de los superiores, que, dejando de ser hombres interiores, comenzarian á gobernar por espíritu de prudencia humana y por razones políticas, abriendo la puerta á muchos abusos, y despreciando como menudencias las mas pequeñas observancias religiosas; que por su debilidad en el gobierno, y por su indevotion y malos

ejemplos se perderia la disciplina regular, y con ella todo el espíritu de la órden.

Afligió mucho esta vision al santo abad, y no perdonó á medio alguno para prevenir tan lastimosa desgracia; pero no halló otro consuelo que el que le suministró la solidez de su virtud.

Tambien quiso Dios probarle con otras tribulaciones, que le sobrevinieron con motivo de sus mismas visiones, milagros y profecias. A solo el nombre de Pacomio huian los demonios de los cuerpos de los endemoniados; acudian de tropel los enfermos, y sanaban todos con las oraciones del santo. En medio de eso no dejaron de calumniarle, acusándole de hechicero, y de que tenia pacto con el demonio. Juntáronse algunos obispos en la ciudad de Latopla, hácia el año de 346, y le mandaron comparecer para justificarse. Hizolo el santo de manera que aquellos prelados quedaron admirados de su humildad, de su sabiduria, de su prudencia, y de las extraordinarias gracias que Dios habia depositado en su pura alma. Restituido á su monasterio, prosiguió empleando los grandes talentos que habia recibido, hasta que extenuado con sus penitencias, debilitado con sus trabajos, y colmado de merecimientos, cayó enfermo algunos dias despues de Pascua. Durante su enfermedad no aflojó nada de su fervor, ni perdió aquella alegría natural con que siempre habia servido á Dios despues del bautismo. Dos dias antes de morir mandó juntar los monjes; dióles algunas instrucciones; encargóles con el mayor encarecimiento que jamás tuviesen comunicacion con los sectarios de Arrio, de Melecio, ni de Origenes; propúsoles por sucesor suyo á Petronio, y se entretuvo despues por algun tiempo con su querido discípulo Teodoro, por sobrenombre el *Santificado*. En fin, lleno de alegría y de confianza en Jesucristo á quien habia servido con fidelidad, y en

la intercesion de la santísima Virgen á la cual amaba con ternura, entregó su bienaventurado espíritu en manos de su Dios, el dia 9 de mayo del año 348, cerca de los 72 de su edad, habiendo pasado 35 en el monasterio de Tabena; y fué enterrado con la solemnidad que merecia un santo tan grande.

*La misa es de la dominica precedente, y la oracion del santo la que sigue.*

<p>Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Pacomii abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...</p>	<p>Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion de san Pacomio, abad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor...</p>
--	---

*La epistola es del cap. 5 de la que escribió san Pablo á los de Éfeso.*

Fratres: Videte quomodo cautè ambuletis; non quasi insipientes, sed ut sapientes; redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes; sed intelligentes quæ sit voluntas Dei. Et nolite inebriari vino, in quo est luxuria; sed implemini Spiritu Sancto, loquentes vobismetipsis in psalmis, et hymnis, et canticis spiritualibus, cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino, gratias agentes semper pro omnibus, in nomine Domini nostri Jesu Christi, Deo Patri.

Hermanos: Cuidad de caminar cautamente; no como ignorantes, sino como sabios, recobrando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto, no seais imprudentes, sino entendid cuál sea la voluntad de Dios. Y no os emborracheis con vino, en el cual está la lujuria; sino llenaos del Espíritu Santo, hablando entre vosotros con salmos é himnos, y cánticos espirituales; cantando y salmeando al Señor en vuestros corazones, dando gracias siempre por todas las cosas á Dios Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

## NOTA.

« Desde Roma, donde estaba preso el Apóstol, » escribió esta carta á los fieles de Éfeso, en cuya » conversion habia trabajado con tantas fatigas y con » tanta felicidad. Escribióla por los años del Señor » de 62; y es esta epistola como un compendio de la » vida cristiana. »

## REFLEXIONES.

*Hermanos, mirad si vivis con la debida circunspeccion, no como hombres sin juicio y sin prudencia, sino como personas de razon, recobrando el tiempo perdido, porque los dias son malos. ¿Se dirigirá esta advertencia á los cristianos de nuestros tiempos? Y si habla con todos los fieles lo que dice el Apóstol, ¿qué caso hacen de ello los cristianos de nuestros dias? Todo está lleno de lazos, todo es peligros para la salvacion; vivimos, por decirlo así, en un pais enemigo; el aire es contagioso, los ejemplos seductores; debemos desconfiar aun de nuestro propio corazon; nuestras pasiones siempre son temibles. Para navegar en un mar tan peligroso, tan difícil y tan famoso por los naufragios y por los escollos, ¿no serán menester grandes precauciones? ¿y son muchas las que se toman en estos desgraciados tiempos? Expónense, entréganse los hombres al peligro cantando y riendo. Concurrencias mundanas, conversaciones amorosas, diversiones en poblado y en el campo, pasatiempos á cual mas contagiosos, amistades peligrosas, inclinaciones perversas, frecuencia de visitas sumamente sospechosas; en todas partes objetos halagüeños y tentadores: ¿y qué precauciones, qué preservativos se toman? con qué miedo se entra en estas ocasiones? En lo mas retirado del desierto, y debajo de un áspero*

cilicio temian las almas inocentes; ¡y hoy no se teme en medio de un horno ardiendo! ¿Quién nos alienta? ¿quién nos da confianza? Muy enfermo está el que no siente su enfermedad. Siempre hacen compañía á la inocencia el temor y la delicadeza de conciencia; una alma estragada y un corazon corrompido nada temen. Pero dirás, y así lo dices, que en las personas devotas, en las circunspectas, en las piadosas hacen mas impresion los objetos, que en las personas del mundo, á quienes la costumbre quita toda impresion y toda sensibilidad. ¡Error grosero, débil razon, ilusion miserable! Quien se domestica con el pecado ya no le tiene horror; ni se distinguen ya los movimientos pecaminosos, cuando la mala costumbre los ha hecho como ordinarios. Las expresiones mas significativas, las licencias menos modestas, las demostraciones de ternura que pasan mucho mas allá de los términos de la cortesania, todo se justifica con el nombre de desembarazo y de despejo. No todos se niegan á los afectos tiernos, pareciéndoles que son naturales: solo despierta el alma al ruido de las culpas mas groseras. El olor de tantas flores como se gastan en el mundo trastorna; las falsas brillanteces deslumbran; y desde el mismo punto que las pasiones dejan de ser reprimidas, acaban de cegar. De aquí nace que los hombres mas disolutos, aquellas personas mundanas que encanecen, por decirlo así, en la iniquidad, cuando se llegan al tribunal de la penitencia, apenas tienen de qué acusarse: pásanseles pocas horas en el dia sin pecar, y despues de muchos años apenas se reconocen culpables de un corto número de pecados. ¿De dónde provendrá este escaso conocimiento? Es fácil averiguarlo. Cuando está casi apagada la luz de la fe, se alcanza á ver muy poco con la luz de la razon. Desengañémonos; la fe se debilita al paso que se debilita la delicadeza de conciencia! ¡O mi Dios, qué

turbaciones tan congojosas, qué crueles espantos, qué amargos arrepentimientos se siguen en la hora de la muerte á una vida licenciosa, mundana y tranquila! Entonces se ve, entonces se conoce la precaucion con que se debiera haber caminado entre tantos precipicios como nos cercan durante esta miserable vida. Los que han leído esto, los que han hecho todas estas reflexiones, ¿serán en adelante mas cautos? ¿serán mas circunspectos?

*El evangelio es del cap. 12 de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Adhuc modicum lumen in vobis est. Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant: et qui ambulat in tenebris, nescit quò vadat. Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis. Hæc locutus est Jesus; et abiit, et abscondit se ab eis.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Todavía está con vosotros la luz por poco tiempo. Caminad mientras teneis luz, para que no os sorprendan las tinieblas: y el que camina en las tinieblas, no sabe adónde va. Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz. Estas cosas habló Jesus, y en seguida se retiró y se escondió de ellos.

### MEDITACION.

LA PÉRDIDA DEL TIEMPO ES IRREPARABLE.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas preciosa que el tiempo, y acaso tampoco la hay cuya pérdida se sienta menos. Muchas otras pérdidas se pueden remediar, pero la del tiempo es irreparable; es decir, que por mas que se haga, no se puede recobrar un solo instante perdido.

Para personas capaces de reflexion y que quieren

salvarse, no sería menester decir mas para que conociesen de qué importancia es el buen uso del tiempo.

Es cierto que están contados todos los momentos de nuestra vida; empleemos bien ó mal estos preciosos momentos, no hemos de aumentar su número; este está determinado, y se va disminuyendo en cada instante. Una hora ha teníamos mas tiempo para vivir y para trabajar en el negocio de nuestra salvacion; dentro de un cuarto de hora tendremos menos tiempo del que ahora tenemos.

Por mas que vivamos de aquí en adelante tan santamente como vivió un san Pacomio; aunque no perdamos ni un solo momento del tiempo que nos queda de vida; siempre es cierto que el tiempo pasado no volverá jamás, y que el que no empleamos en nuestra salvacion se perdió sin remedio.

El buen uso del tiempo futuro podrá librarnos del peligro en que nos precipitó el malogro del pasado; pero no nos puede librar de haberlo perdido, y de haber perdido con él todas las gracias que Dios tenia destinadas al buen empleo de aquellas horas perdidas, y todos los méritos que podíamos haber adquirido empleándolas como debíamos. ¡O santo Dios, y qué pérdida!

*Vamos á pasar el tiempo.* Así nos explicamos, y así se llama aquel tiempo que se pasa en vanos entretenimientos, en diversiones muchas veces poco cristianas, en el juego, en el paseo, en el campo. ¡Mi Dios, y qué mal cae este lenguaje en boca de un cristiano! *Vamos á pasar el tiempo.* Y ese tiempo pasado, ese tiempo miserablemente perdido, volverá acaso para nosotros? ¿podrá ser reparado? Luego ya se perdió para siempre el tiempo de mi infancia: luego aquellos hermosos dias, aquellos años floridos de mi juventud enteramente se extinguieron. De dos ó de tres mil